
CAPITULO CIII.

ESCENAS COMUNERAS.

¡Oh libertad! Tú eres el principio humano por excelencia. En medio de las leyes naturales; en medio de otras leyes que también tienen algo del fatalismo de la naturaleza, en medio de las leyes sociales; por tí el hombre es un sér en sí, dueño de su conciencia y de su voluntad, independiente, soberano. Sin tí, el entendimiento sería una sombra, la razón una burla, la justicia una cadena, el amor como la cohesión de las moléculas en los cuerpos; una pura afinidad física. Donde tú faltas, falta la humanidad. Donde tú comienzas, comienza también este sér cuasi divino que ejerce tan admirable ministerio en el Universo y que eleva al Creador la plegaria de todas las cosas creadas. Te amé, te amo, te amaré eternamente ¡Oh libertad!

Y tú, democracia moderna, objeto de tantas ansias, de tantos sacrificios. Tu crecimiento equivale al crecimiento de la vida misma. La virtud creadora del trabajo, la riqueza de la industria, el soplo divino de las artes, la luz de las ciencias, la electricidad de las revoluciones modernas no han hecho más que gra-

bar tu nombre en todas las leyes y reivindicar con verdadero imperio tus derechos contra todas las tiranías. Hija de la servidumbre, blanco de la opresión, te has forjado á tí misma, al través de los siglos, en el titánico trabajo de una creación no menos grande y no menos costosa que la creación del Universo. Tú eres todo el espíritu y toda la vida de la moderna civilización ¡oh democracia! Ninguno de los sacrificios que por tí hice me pareció costoso, ni siquiera el sacrificio de mi popularidad.

¡Oh tú, República, forma eterna de todas las ideas liberales, de todas las ideas democráticas; tú, que has dado los oasis, los paraísos de la historia; tú, que has traído las tablas de las leyes morales y las primeras letras del alfabeto; tú, que al romper la férrea vara de las castas, también has roto las cadenas de la humanidad; sibila de las ciencias, musa de las artes, Pitonisa del derecho; la que ha creado en el mundo moderno desde el comercio hasta la inspiración, la que ha descubierto desde la brújula

hasta la imprenta, desde la letra de cambio hasta el cuadro deslumbrador, tú serás eternamente el organismo de este espíritu de progreso que nos rodea y nos penetra como la luz de los cielos y como el aire de la vida!

Pero ¡ay! que es necesario preservaros, tesoros de la vida humana, títulos de la dignidad y de la grandeza de los pueblos, es necesario preservaros de todos los asaltos; y el mayor, el más temible es el asalto de la demagogia. Vuestros enemigos son impotentes contra vosotros. No alcanza hasta vuestras frentes ni el cetro de los tiranos, ni la excomunion de los pontífices. Pero esa enfermedad interior que se llama demagogia, ese exceso de vida, esa apoplejía que rompe vuestro cerebro y os mata, es hoy, en este momento, vuestro mayor peligro.

Por eso la historia del gobierno de la demagogia en París es una historia á la par que dramática, instructiva; y á la par que política, moral. En ella se aprende cómo, teniendo en lo fundamental razon, teniendo razon plena en la exigencia justa de gobernarse municipalmente á sí misma aquella democracia, la malbarata, la pierde por un criminal exceso, y por una invasion violenta en las facultades propias de otros poderes, y sobre todo, en las facultades esenciales al Estado. Y se aprende más todavía, se aprende que, teniendo todos los medios de gobernar y de prevalecer, una gran ciudad que equivale en magnitud y en recursos á verdadera nacion, un crecido presupuesto que da toda suerte de rendimientos, un material inmenso de guerra, un numeroso ejército, no puede prevalecer, no puede gobernar la demagogia por sus eternas rivalidades, por sus guerras inacabables, por sus mútuas sospechas y recelos, por la conjuracion de unos contra otros, por la indisciplina y la anarquía de todos.

Hechas estas salvedades necesarias, historiemus algunas escenas que dan idea exacta del desconcierto de París, tomando por guía

á testigos oculares de aquellos sucesos, testigos imparciales, actores en alguno de ellos, fuentes históricas seguras para el conocimiento de las costumbres. Un pobre muchacho va al anochecer paseándose tranquilamente por las alamedas de los Campos Elíseos. Le detiene cierto soldado comunero y le pide lumbré para su cigarro. El muchacho le responde con aire de desden:

—No tengo.

—¿Cómo que no tienes?

—No tengo.

—Pillo, ladron, expía de Versalles.

A esta palabra, una nube de chiquillos medio desnudos, de mujeres desarrapadas, de pordioseros súcios, de milicianos ébrios, cae sobre el muchacho como los cuervos y los buitres sobre los despojos abandonados en el campo.

—Al cajon, gritan unos.

—A la prefectura, gritan otros.

—Dejadme y lo cuelgo, dice un demaguiño.

—Dejadme y lo parto, dice un miliciano con su espada desenvainada.

—A la Casa de la Ciudad.

—Presentémoslo al gobierno.

—¿Qué gobierno? Al agua.

—Al agua, al agua.

—Al Sena, al Sena.

Las mujeres aprueban, los niños saltan, los demagogos palmotean, los milicianos cogen al muchacho, y van á cumplir la sentencia cuando la intervencion de cinco ó seis ciudadanos piadosos evita por un milagro patente aquel gran crimen.

Un diario comunero es cosa original y que merece en verdad ser vista, y conocida, y estudiada. Segun que los antiguos periódicos van muriendo á impulsos de la arbitrariedad, nuevos periódicos surgen por todas partes con la abundancia que hojas y flores en primavera. Cada miembro de la Comunidad se pica por tener su órgano oficial donde pone como nuevos, llamándoles desde imbéciles

hasta traidores, á casi todos sus compañeros. Versalles no habla de París, ni París de Versalles como hablan los comuneros de sí mismos. Los rugidos de Legendre el carnicero, las brutalidades de Henriot, el estilo de Marat escrito con sangre, las bárbaras denuncias de Hebert, las locuras de Babeuf, todos los delirios de la revolucion se reproducen y se copian á la letra, sin que pueda justificarlos ni la exaltacion de los ánimos, ni la gravedad de las circunstancias; son sus periódicos hojas artificiales de estufa, y no hojas del campo; son sus ódios fuegos artificiales, y no, como aquellos otros, fuegos de volcan.

Lo que principalmente resalta en estas hojas es la inventiva. Con letras muy grandes á la cabeza del número. «La Asamblea de Versalles sitiada por los alemanes: el infame Napoleon III proclamado por los generales.» Otra noticia. «El general Mac-Mahon ha fusilado varios guardias nacionales y ha querido que se los comieran crudos sus soldados. Thiers, en vista de semejante atentado, acaba de enviarle un reto y dos padrinos, que son el conde de Chambord y el conde de París. Mac-Mahon ha designado por sus padrinos á Napoleon III y á Paul de Casagnac. Verificado el duelo, ha muerto el general. En virtud de esto acaba de presentar su dimision; pero la Asamblea no ha querido admitírsela.» Otra noticia, que no tiene como la anterior aire de caricatura, sino muy formal. Consultad el libro de Gátulo Mendez, historia anecdótica de la Comunidad. «Podemos afirmar que una compañía del batallon ciento treinta y dos ha cercado esta mañana en el parque de Neuilly á quince mil gendarmes. Viendo la inutilidad de toda resistencia los seides de Thiers se han rendido á discrecion. Habia entre ellos diez y siete miembros de la Asamblea que no contentos con dar órdenes para inmolar nuestros hermanos, quisieron asistir al degüello.» Otra noticia: «Una cantinera del batallon cuarenta y cuatro, barrio de Batignolles, estaba vertiendo vino para un artillero del fuerte de

Vanves cuando vino una granada versallesa y partió por mitad al pobre soldado. La cantinera se bebió el aguardiente que acababa de echar para el valiente y se puso en su puesto. Y ha dirigido tan admirablemente la puntería que doce minutos más tarde no quedaba un solo cañon intacto en las baterías de Meudon. En cuanto á los artilleros enemigos que servian las piezas, todos han sido lanzados á muchos kilómetros de distancia; y reconocidos, se han encontrado entre ellos Emilio Ollivier y el mismo principe de Bismark en persona que habia ido á experimentar el tiro y alcance de las piezas por él prestadas á sus amigos de Versalles.»

Tras estas noticias vienen las crónicas, una especie de proemio á los artículos de fondo. Se pueden sacar con pinzas los párrafos dictados por el odio. «Nos atisban esos tigres sedientos de sangre. Ahí están esos vándalos que han jurado no dejar en París ni un hombre de pié, ni una piedra en las paredes. Y dicen á una entre sí el lacrimoso Favre, el obeso Picard, el infame Ferry: tomaremos á París, lo arrasaremos, y su suelo, será repartido en lotes á las mujeres de los gendarmes.» Luego se vuelven airados contra los conspiradores de dentro. «No basta con triunfar de los enemigos de fuera; es necesario destruir á los enemigos de dentro. Nada de piedad. Nada de enternecimiento. Nada de plazos. La justicia del pueblo está cansada de formalidades, y quiere ser satisfecha. Muerte á los expías. Muerte á los reaccionarios. Muerte á los clérigos. ¿Cómo la Comunidad alimenta esa legion de malhechores, cuando el dinero que nos cuestan seria tan útil á las mujeres y á los niños de los que combaten por París? Dícnos que el ex-arzobispo se ha comido ayer una gallina en la cena. ¡Cuántos buenos patriotas hubieran podido salvarse de la miseria con el dinero que semejante orgía ha costado á las cajas de la Comunidad! No más vacilaciones. Los versalleses matan y luego mutilan á